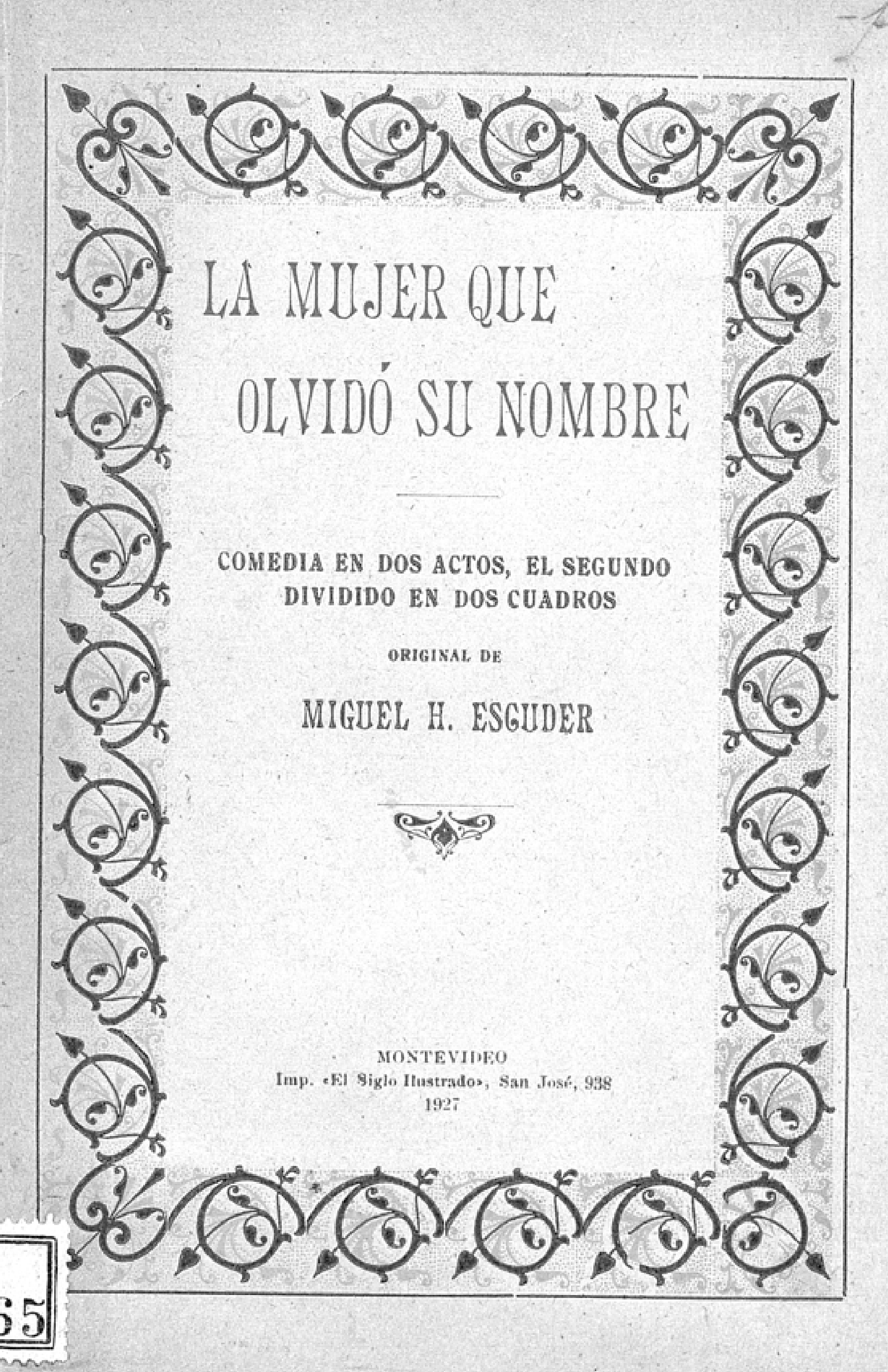


LA MUJER QUE OLVIDÓ SU NOMBRE

COMEDIA EN DOS ACTOS, EL SEGUNDO DIVIDIDO EN DOS CUADROS

ORIGINAL DE

MIGUEL H. ESCUDER

MONTEVIDEO
Imp. «El Siglo Ilustrado», San José, 938
1927

LA MUJER QUE OLVIDÓ SU NOMBRE

COMEDIA EN DOS ACTOS, EL SEGUNDO
DIVIDIDO EN DOS CUADROS

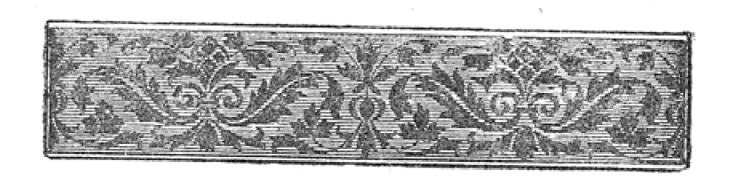
ORIGINAL DE

MIGUEL H. ESCUDER



MONTEVIDEO
Imp. "El Siglo Ilustrado", San José 938
1927





LA MUJER QUE OLVIDÓ SU NOMBRE

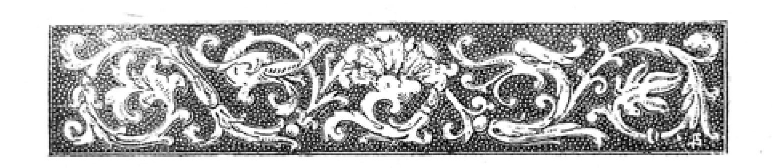
Comedia en 2 actos, el segundo dividido en 2 cuadros, original de

MIGUEL H. ESCUDER

Estrenada el 8 de julio de 1927, en el Teatro "18 de Julio" de Montevideo, por la compañía "Segundo Pomar"..

PERSONAJES:

Ella	(20 años)
Teresa	(55 años)
Susana	(17 años)
Laura	(45 años)
Alfredo	(32 años)
Raúl	(35 años)
Horacio	(50 años)
El Hermano	(40 años)
Sirviente	



ACTO PRIMERO

Una sala con puerta y ventana al foro, dos puertas a la derecha y una a la izquierda

ESCENA I

TERESA Y SIRVIENTE

Teresa—Ya lo sabe. En cuanto llegue cualquier persona, la hace pasar a esta sala.
Sirvienta—Sí, señora. ¿Nada más?
Teresa—Nada más. (*Mutis. Sirvienta por foro*).

ESCENA II

TERESA Y ALFREDO (Por izquierda)

Alfredo—¿Ya estás pronta?
Teresa—Ya lo ves. Creo que tu novia no me encontrará muy fea...
Alfredo—Va a quedar enamorada de su otra mamá.
Teresa—¡Zalamero!... Bien. Creo que Susana será para mí una hija.
Alfredo—Es muy buena.
Teresa—Tú no puedes imaginar las inquietudes que

experimenta una madre, cuando le llevan de su lado a un hijo...

Alfredo—Si tú lo deseas, no me casaré.

Teresa—La vida es inflexible. Más tarde o más temprano me abandonarás. Hazlo ahora que estoy resignada. Y no creas que te habla mi egoísmo. Es sólo el miedo de que no sepan quererte. ¿Recuerdas lo que yo hice por ti, hijo mío?

Alfredo—Siempre.

Teresa—Puede afirmarse que muy pocas veces has salido sin mi compañía a la calle. Y tú me has dicho que jamás te arrastraron tus compañeros a livianas aventuras...

Alfredo—Nunca.

Teresa—Porque el hombre que entrega la pureza de su cuerpo sin amar de corazón, entrega también para siempre la pureza de su alma. El hombre y la mujer, al casarse, deben ir limpios de pecados, como espejos brillantes. (*Pausa*).

(*Por la ventana entra el griterío de unos pilluelos*).

Alfredo—¿Eh? ¿Qué ocurre?

Teresa—Es en la calle. (*Llegan a la ventana*).

Alfredo—¡Mira! ¡Pobre mujer!...

Teresa—¡Qué muchachos más bandidos!...

Alfredo—¡Y la gente permite que le tiren piedras!

Teresa—¿Por qué no intervendrán?

Alfredo—Es indigno. ¡Mira aquel chico qué piedra lleva en la mano!

Teresa—La mujer huye... Corre... Vuelve la esquina. Ya no se ve...

Alfredo—¡Vaya un espectáculo!...

Teresa—Es la vida... Bueno, voy a echar una mirada al comedor... Avisa en cuanto llegue. (*Mutis segunda derecha*).

Alfredo—Sí, mamá. (*Una pausa*).

ESCENA III

ALFREDO Y RAÚL (Por foro)

Raúl—¡Alfredo!

Alfredo—¡Raúl! ¡Tú! (*se abrazan*). ¿Desde cuándo en Montevideo?

Raúl—Recién acabo de desembarcar.

Alfredo—¿De dónde vienes?

Raúl—Del Asia.

Alfredo—¿Y cuándo terminarás de viajar?

Raúl—¡Qué sé yo!...

Alfredo—¿Dónde estuviste?

Raúl—Por el mundo... Rodando... Es una sed la mía... Una sed de estar hoy aquí, mañana allá...

Alfredo—No es vivir.

Raúl—¿No es vivir? ¿Y tú lo dices? Tú, que haces la vida del árbol. Aquí naciste y aquí morirás. Eso sí que es tontería. Yo envidio al pájaro, porque va donde se le antoja, y no tiene que tratar con camareros. Si me enjaulasen como a ti, cualquier mañana me hallarían cadáver. Anda, vamos.

Alfredo—¿Dónde?

Raúl—Al Africa.

Alfredo—¿Estás loco?

Raúl—¿Tienes que hacer?

Alfredo—Casarme.

Raúl—Déjalo para otra vez.

Raúl—Pero, ¿qué dices?

Raúl—Que lo dejes, hombre. No te conformas con ser árbol, que todavía te echas una enredadera encima. Pero... ¿dices en serio lo de casarte?

Alfredo—Seriamente.

Raúl—¡Caramba!... ¿Y quién es ella?

Alfredo—Susana... Una chica de Jiménez. La conocí en el convento donde se educaba.

Raúl—¿En un convento?

Alfredo — Sí. Tengo relaciones comerciales con las Hermanas de ese convento. Las defiendo en un pleito.

Raúl—¿Y Dios qué hace que no te da una mano?

Alfredo—Averigüé quién era. Hablé con la madre. Después con ella. Y ahora la estoy esperando para fijar la fecha de nuestra boda.

Raúl—Es curioso...

Alfredo—¿Lo qué?

Raúl—Oye: eres más que mi amigo, eres para mí un hermano. ¿Aceptarías un consejo?

Alfredo—Hombre...

Raúl—Cásate cuando ya nada te sorprenda. Tienes que ser antes un poco aventurero, otro poco sinvergüenza y hasta haber robado alguna vez...

Alfredo —¡Raúl!...

Raúl— A tu novia me la imagino una chicuela calladita y gazmoña que te ayudará a engordar como un almacenero. ¿Y para eso estudiaste?

Alfredo—Mi madre...

Raúl—Tu madre con su cariño te vuelve raquítico y común. Tú eres una vida gris, obscura, sin relieves, uniforme. Eres como las vías del tren. Y es preciso tener algo de nube. La aventura es la gran señora del mundo. ¿Pero tú no sueñas?

Alfredo—Tengo miedo de soñar.

Raúl—¿Miedo a qué?

Alfredo—Al vértigo, al impulso irresistible que te lleva a ti. Tengo miedo a esa sed de que tú hablas, a esa sed que veo que tú no podrás apagar nunca. En todo hombre hay un aventurero, pero yo no quiero que

en mí se despierte. Quiero matarlo. Y para matarlo, me casaré.

Raúl—Quizá tengas razón...

Alfredo—Sé que no la tengo, pero soy cobarde.

ESCENA IV

DICHOS Y HORACIO (Por foro)

Horacio—Buenas tardes.

Alfredo—¡Oh, don Horacio, pase...!

Horacio—¿Cómo estás? ¡Eh... Raúl!

Raúl—¡Don Horacio!

Horacio—¿Desde cuándo acá?

Raúl—No hace una hora.

Horacio—¿A quedarse?

Raúl—No. De paso. ¿Y su mujer?

Horacio—¿Mi mujer? (*ríe y mira a Alfredo*). ¿No sabe nada?

Alfredo—Creo que no.

Horacio—¿Entonces no conoce mi ridícula historia matrimonial? Vaya, hombre, yo estaba orgulloso porque creía que mis desventuras del hogar se conocían hasta en la India.

Raúl—Perdone, yo no sabía...

Horacio—¡Si es un orgullo para mí! Cinco veces me casé y cinco veces me engañaron. El primer engaño me puso furioso. El segundo me hizo llorar. ¡Ah!, pero el tercero...

Raúl—¿Qué pasó?

Horacio—Me eché a reir y me sigo riendo todavía.

Raúl—Menos mal.

Horacio—Y la risa fué mi salvación. Desde entonces acepté las infidelidades como algo natural y lógico. Y

en mis otros matrimonios, a mis otras mujeres, les insinué las conveniencias del adulterio elegante y discreto. Pero no tenían talento y se dejaron sorprender. Y las despedí como a desvergonzadas adúlteras.

Raúl—¿Y cuándo es el sexto casamiento?

Horacio—No será nunca. Cada vez que me caso pierdo un amigo. Y ya me quedan pocos. Además... (*a Alfredo*). Tú vas a casarte. Mira... durante el primer mes de matrimonio tu mujer te parecerá una hermosa manzana dorada y fragante; el segundo mes la manzana se transformará en naranja; ya tienes que ir sacándole la cáscara; pequeño inconveniente, pero inconveniente al fin. Al tercer mes ya no sabes si la naranja es naranja, lima o limón. Y al cuarto mes...

Alfredo—¿Qué es?

Horacio — Higo de tuna, pero con espinas adentro (*ríen*). Bueno, me voy.

Alfredo—¿No quiere conocer a Susana?

Horacio—Sí. Pero tengo una cita de negocios. Tengo el proyecto de establecer dos empresas; una de ómnibus y otra de pompas fúnebres.

Raúl—¡Demonio!

Horacio—Junto al chófer que conduzca el ómnibus, irá un empleado de la casa fúnebre. Las víctimas que ocasionen los ómnibus tendrán así un servicio rápido y el descuento de un tanto por ciento. Ya tengo las tarjetas... Dicen así: "Hágase atropellar por un ómnibus de la casa Tal, que la casa Cual le hará un servicio fúnebre regio y económico. No confundir los ómnibus. Son amarillos y matan de un solo golpe."

ESCENA V

DICHOS Y TERESA (Por segunda derecha)

Teresa—Buenas tardes.

Raúl—¿Cómo está, señora?

Teresa—¡Oh, Raúl, tanto bueno por acá!... ¿Viene a quedarse?

Raúl—Por ahora sí.

Teresa—Suponía verle acompañado de alguna japonesa o de alguna siria.

Raúl—Yo, señora, hace tiempo que me he casado.

Teresa—¡Cómo!

Raúl—Me he casado con la Mujer, con mayúscula.

Teresa—¡Ah!...

Raúl—Además, la ley no me permitirá la posesión de las mujeres que me gustan. Mi aspiración es tener una compañera de raza diferente cada semana.

Teresa—¡Qué horror!

Horacio—Sería horroroso. Porque está bien que lo engañen a uno en castellano. Pero, ¿cómo entenderá un marido si lo engañan en chino?

Teresa—¡Por Dios!, recuerden que Alfredo va a casarse...

ESCENA VI

DICHOS Y SUSANA Y LAURA (Por foro)

Laura—Buenas tardes.

Alfredo—¡Oh!, señora... Susana...

Teresa—¿Cómo está, doña Laura?

Laura—Amiga mía... (*presenta*). Mi hija...

Teresa—Satisfecha de conocerla... ¿Se conocen?

Laura—¿Quién no conoce a don Horacio? (*Lo saluda*).

Horacio—Su hija, por ejemplo... (*Horacio saluda a Susana*).

Laura—Como recién deja el convento...

Alfredo—Un amigo mío que considero como a un hermano...

Raúl—Señora... Señorita...

Laura—Caballero...

Susana—(*Se inclina*).

Teresa — Pero tomen asiento... (*Horacio y Raúl. Laura y Teresa. Susana y Alfredo*).

Horacio—Gracias...

Laura—¡Ay, venimos impresionadísimas! Sobre todo Susana. Como recién dejó el convento...

Teresa—¿Qué les pasó?

Laura—Hemos visto en la calle algo horrible... Una banda de pilluelos apedreando a una pobre mujer.

Alfredo — Desde la ventana vimos algo de la escena...

Teresa—Será alguna infeliz que está pagando una vida mala...

Raúl—¿Y es joven la mujer?

Laura—No alcanzamos a verle la cara. Susana ni miró siquiera. Como recién dejó el convento...

Teresa—Lo más doloroso es ver a los niños convertidos en verdugos.

Laura—¡Ay, yo, por eso, en cuanto Susana fué mayorcita la puse en el convento! Y si Alfredo no la hubiese conocido en el convento y no me hubiese pedido su mano, aun estaría allí. ¡Lo que es la vida! Cuando le hablé a Susana del pedido de Alfredo, me contestó que sí, porque le parecía un joven muy formalito. ¿Verdad, Susana?

Susana—Sí, mamá.

Laura—¿La ven? Lo mismo que si le hablase la Madre Superiora. Y tenga la seguridad, Alfredo, que en cuanto se casen, Susana lo tratará con el mismo respeto que trataba al padre cura...

Teresa—Yo soñaba para mi hijo una chica así... (*de pie*). Y como están ya prometidos, pasemos nosotros al comedor, para que tengan a solas su primera entrevista...

Laura—Me parece bien... (*Mutis segunda derecha*).

Teresa—Por aquí... (*Mutis ídem*).

Raúl—(*A Horacio*). ¿Qué le parece Susana?

Horacio—El tipo más hermoso para mujer casada. (*Mutis segunda derecha*).

ESCENA VII

ALFREDO Y SUSANA

Susana—(*Queda mirando fijamente al suelo*).

Alfredo—(*La mira silencioso. Después*) Susana...

Susana—¡Ay! ¡No se acerque, por Dios!...

Alfredo—Es la primera vez que nos encontramos a solas...

Susana—No; no estamos solos.

Alfredo—¡Cómo!

Susana—Está Dios que nos contempla. Dios está en todas partes.

Alfredo—Pero Dios ampara el amor.

Susana—El amor puro de las almas.

Alfredo—Así te amo yo. (*Intenta allegarse*).

Susana—Para que su alma esté junto a la mía, no tiene porqué acercarse.

Alfredo—La unión de las almas se consagra con un beso.

Susana—El beso es pecado.

Alfredo—Es la vida del amor.

Susana—Es impuro.

Alfredo—No hay amor sin besos.

Susana—Es ofender a Dios.

Alfredo—Cuando los novios se besan, Dios cierra los ojos. (*Pausa*). Ven.

Susana—¡No!... (*una pausa. De pronto se oye el idéntico griterío de chiquillos*). ¡Dios mío!

Alfredo—(*Corre a la ventana*). ¡Otra vez la mujer!

Susana—(*Idem*). ¡Qué malvados!

Alfredo — (*Gritando*). ¡Corre!... ¡Huye!... ¡Escapa!...

Susana—Los deja atrás...

Alfredo—Ya no la alcanzan... (*Pausa*). ¿Eh? ¿Dónde está?

Susana—Ha desaparecido...

Alfredo—Menos mal... ¡Pobre mujer!...

Susana—¿Quién será?

Alfredo—Una de tantas... Dicen que la vida es tan mala... ¿Eh?

ESCENA VIII

DICHOS Y ELLA. (Por foro)

Ella—(*Entra violentamente por foro. Es joven y bella. Desmelenada. Haraposa. Hay una llama extraña en sus pupilas. Al entrar cierra la puerta y queda pegada de espaldas a ella. Una pausa honda. Ella está anhelante, oyendo el griterío que poco a poco se aleja. No ha visto a nadie, y deja caer su cabeza con abatimiento*).

Susana — (*Se acerca lenta y temerosa a su novio*). Alfredo, ¿y esa mujer?

Alfredo—No sé...
Susana—Me da miedo...
Alfredo—Señora... (*A Ella*).
Ella—(*Clava la mirada en Alfredo. Hace un gesto de estupor. Luego, paulatinamente se le va acercando, mientras en su rostro, de la duda pasa a la alegría tenue y después al contento, un contento salvaje e incontenible*). ¡Tú!
Susana—¿Eh?
Ella—(*En un grito que es todo un desgarrador sollozo en el que hay dolor y alegría*). ¡Mi vida!... (*Y en gesto subyugante enlaza sus brazos al cuello de Alfredo y le llena de besos ardientes, entre risas y sollozos. Alfredo se defiende torpe, confundido por el asombro. Susana se cubre la cara con las manos y espantada hace mutis derecha*).

ESCENA IX

ELLA Y ALFREDO

Alfredo—Señora... Le ruego... Mi madre... (*Logra desasirse*).
Ella—Río y lloro, mi alma, porque al fin pude encontrarte...
Alfredo—Si yo...
Ella—Te veo, he sentido tus labios en mis labios, y aun la duda como una gasa quiere envolver y deformar tu rostro... Eres tú, y tus ojos desean negarme que eres tú...
Alfredo—Yo no la conozco a usted, señora...
Ella—He vivido en una noche horrenda. Sombras aterradoras seguían mis pasos... Pero yo sabía que iría hasta ti. Nuestro amor era como una luz entre nubes

sombrías... ¿Por qué me decían que tú habías muerto? Yo no creía a la gente, pero lloraba... Antes lloraba... después no tenía lágrimas. Y ahora... (*en un sollozo*). Ahora nuevamente lloro, pero es de alegría... (*transición*). Tú no podías morirte, estabas en mi alma, éramos un sólo espíritu, un ser, un corazón, un latido, una palpitación de dulzura... Y al morir tú, habría muerto yo...

Alfredo—No comprendo lo que usted me dice. Hay en todo esto una confusión extraña...

Ella—(*Mira temerosa a todas partes. Y en voz baja pregunta*): ¿Tienes miedo de ella?

Alfredo—Señora...

Ella—Déjala que ronde. Ya no se atreverá conmigo... No volverá a separarnos... ¿Tú la ves? Dime, dime dónde se oculta, y a traición, como ella a mí, como ella la otra vez en mí y en ti, clavaré mis uñas en su cuello con rabia vengativa y entonces...

ESCENA X

DICHOS Y TERESA, LAURA Y SUSANA (Por derecha)

Susana—Ahí la tiene, señora.

Teresa—No comprendo... ¡Alfredo!

Ella—(*Retrocede al verlas*) ¿Quiénes son?

Teresa—Alfredo, ¿qué significa esa mujer en esta casa?

Alfredo—Yo no la conozco. No sé. Dice cosas extrañas...

Susana—Ella lo besó.

Laura—¡Qué horror!

Teresa—¿Quién es usted? ¿Qué desea?

Ella—Vengo por él (*por Alfredo*).

Teresa—¿Qué dice?

Ella—He seguido un camino largo para encontrarle, un camino obscuro, lleno de obstáculos y de peligros. Pero el recuerdo de sus besos, la dulzura de sus caricias, la ternura de sus palabras me alentaban a seguir rompiendo las sombras... (*sonriendo*). Hasta me parece que vengo de otro mundo, de un mundo de ensueño... Es como si hubiese vivido otra vida... Hallarse en plena luz al salir de un cuarto cerrado... Duelen los ojos, hay noche en el cerebro; pero la luz se desvanece en risas y en besos... ¿Verdad, mi alma?

Laura—Señora, esto es una burla infame.

Susana—(*Llorando*). Mamita...

Teresa—Pero Alfredo, yo no puedo creer que tú me engañes. ¿Dónde has conocido a esa mujer?

Alfredo—Te juro que es la primera vez que la veo.

Teresa—Desmiéntela ante nosotros, ¡y échala!

Ella—No me iría (*señalando a Alfredo*). ¡Es mi marido!

Alfredo—¡Yo!

Teresa—¡Tú!

Laura—¡Qué horror!...

Ella—(*Dulcemente a Alfredo*). Pero, ¿qué tienes? ¿Temes que nos separen nuevamente? Descuida, que ahora nada podrá separarnos. (*Queda inmóvil, como en ensueño*).

Laura—¡Vamos, hija!

Alfredo—No. De ninguna manera...

Laura — Se ha burlado usted ignominiosamente de una familia honrada. ¡Ya recibirá usted su castigo!

ESCENA XI

DICHOS Y DON HORACIO (*Por segunda derecha*)

Horacio—¿Qué ocurre?

Laura — Llega usted a tiempo. Acompáñenos, don Horacio, se lo ruego, porque me siento mal...

Horacio—Pero, ¿qué ocurre?

Laura—Ya le contaré.

Teresa—Señora...

Laura—Ha sido usted tan hipócrita como su hijo. ¡Vamos!

Horacio—Pero... (*Salen Laura, Don Horacio y Susana, que llora, por foro*).

ESCENA XII

ELLA, TERESA Y ALFREDO

Teresa—Es la primera vez que me insultan. Y ha sido por tu causa.

Alfredo—Te juro, mamá, que me hallo tan asombrado, tan estupefacto, que no puedo coordinar las ideas...

Teresa—¿Tú la conoces?

Alfredo—No.

Teresa—¿Y cómo te acusa a ti de...?

Alfredo—No tiene explicación.

Teresa—Alfredo...

Alfredo—Mamá...

Teresa—Me has estado mintiendo. Mientras yo te creía en clases, tú, tú tenías una mujer por ahí... (*rápida*). Dime, dime que no te has casado con ella. (*A Ella*). Y usted... ¡váyase, retírese!

Ella—Todos son malos conmigo... ¿Qué mal le hago, señora? Yo vengo a buscar mi ternura y a buscar la ternura a que él me tiene acostumbrada...

Teresa—O se marcha usted, o llamaré a la policía.

Ella—¿Usted pretende que me separe de él?

Teresa—¡Para siempre!

Ella—(*Va a la ventana. Se encarama en ella*). ¡Si usted insiste, me arrojo a la calle!

Teresa—¡No, por Dios!...

Alfredo—Déjame un instante con ella... Déjame...

Teresa—Cuando yo vuelva, no quiero encontrarla aquí... (*Mutis derecha*).

ESCENA XIII

ELLA Y ALFREDO

(*Hay una pausa*).

Alfredo—Bien. Ya estamos solos. Ya podemos hablar sin preámbulos. Venga. Acérquese...

Ella—(*Saltando alegremente*). Era hora ya... (*De pronto, al pasar, le besa rápidamente y se aleja*). ¿Fué un beso o te rozó una flor? (*Riendo*). No, si no me apropio la frase. Es tuya. Las recuerdo todas... Cuando yo te besaba levemente, me decías: "Tus besos semejan la caricia de un ala invisible y misteriosa". Cuando yo te besaba en la frente, me decías: "Tu risa se ha escondido en tu beso y tu beso horada mi frente y estalla en mi cerebro como una de tus carcajadas cristalinas"... Y cuando mi beso era en tu boca, beso hondo y húmedo, me decías: "Tu beso es fresco y es ardiente. Es como si deshojases en mis labios una rosa cubierta de rocío y como si la rosa fuese una brasa al rojo vivo... Quemas, pero haces vivir." ¿Recuerdas?

Alfredo—Yo no recuerdo nada de lo que usted dice, porque nada es cierto. Yo jamás la he visto a usted.

Ella—¿Qué dices? ¿Te has enloquecido? ¡Ah! Comprendo... Estás como yo cuando me decían que tú habías muerto... Estás fuera de la realidad... Puede en

ti más la tragedia, ¿recuerdas?, la tragedia espantable, que la fuerza de los hechos... Quizá no puedes concebirme... Porque tú también creíste que yo había muerto y ahora estoy junto a ti para que nadie nos separe nunca...

Alfredo—Entiéndame usted. Razone. Piense en que sufre un error. Mi madre.

Ella—(*Lenta*). Tu madre... No... No recuerdo... Tu madre...

Alfredo—¿Cómo me llamo yo?

Ella—Tú... (*riendo*). ¡Ay, qué gracia!... Tú... (*va quedándose seria*). Tú... (*Hace esfuerzos para recordar*). No... No... ¡Sí! ¡Sí! Tú te llamas: ¡Mío! ¡Mío! Siempre te llamé así... Breve y elocuentemente. Tú me lo decías: "Me has dado un nombre que es la síntesis de la ternura. Es un mundo y es un mimo". (*Saboreando las letras*) M-i-o... Y así volveré a llamarte.

ESCENA XIV

DICHOS Y RAÚL (Segunda derecha)

(*Raúl entra. Alfredo le hace señas que no hable*).

Alfredo—Bien. (*Queda un segundo pensativo*). ¿Y dónde vives tú ahora?

Ella—Vivo en la noche. La luz me hacía daño. La gente es mala... Los niños me gritan si me ven en la luz... Y ellos no saben que yo también tengo un niño... (*misteriosa*). El niño que dicen que se había muerto... Tu hijo... Nuestro hijo... Yo volví a encontrarlo... Rubio, blanco, hermoso, pequeño... (*bajísimo*). Lo tengo escondido allá, lejos de la gente, en la noche, donde nadie puede hallarlo... Para darle un beso espero que todo en el mundo sea negro y a pesar

de la negrura de todo, yo lo veo dormidito y mis manos adivinan el terciopelo de su piel y siento palpitar su corazón y le guardo contra mi seno y le digo muy bajito que pronto los brazos fuertes de su padre lo levantarán en alto, muy arriba, como antes, en plena luz del sol... ¿Verdad que sí?

Alfredo—¿Y no tienes miedo de dejarlo solito?

Ella—Ahora no. Antes sí. Cuando lo recuperé vivía en una constante zozobra (*con terror*). ¿Te acuerdas cuando se lo llevaron? ¿Cuando lo arrancaron de mis brazos diciendo que estaba muerto? Si yo sentía palpitar su corazoncito y veía sus ojos abiertos y sonrientes... Después... Fué como si yo cayese en un abismo y rodara entre sombras... Y al surgir a lo normal, ni tú hijo ni mi hijo estaban a mi lado... Decían que la muerte... Pero nada me retuvo. Nadie pudo contenerme. Yo habría de encontrarte a ti y de encontrar a nuestro hijo... Y he pasado los días en la calle, atisbando en todas las casas; allí donde oyese el llanto o la risa de un niño me asomaba trémula... hasta que una noche di con él. Detrás de un vidrio, rodeado de luces, dentro de una caja, con su brillante cabello rubio y sus ojos azules muy abiertos, estaba nuestro hijo en medio de otros niños más pequeños... De un salto llegué frente a él, que me sonreía y tendía sus bracitos. Con ambas manos rompí el cristal, y aunque las puntas entraban en mis carnes como cuchillos, tomé al niño en brazos y escapé... Recuerdo que detrás de mí corría la gente furiosa... Pero la alegría me dió alas y no lograron alcanzarme... (*en un sollozo*). ¡Hijito mío!... (*Llora sin violencia, calmosamente*).

Alfredo—(*Se pasea nervioso, indeciso. No sabe qué actitud asumir. Se da cuenta de la situación extraña, pero hay "algo" en esa mujer que le atrae y sugestiona*). No llore, señora... Ya tiene a su hijo...

Ella—Y a ti también te tengo... Tienes razón. Se acabaron las lágrimas. Y ahora a revivir el pasado bueno... (*de pronto*). No te muevas de aquí. Voy a buscarlo. Verás qué hermoso... Tiene todos los dientecitos... Y cuando veas cómo he sabido cuidarlo, no me negarás el beso que hasta ahora no me diste... (*con emoción*). ¿Verdad que no?

Alfredo—(*Arrastrado por la sugestión*). No...

Ella—(*Casi en un grito de salvaje alegría*). ¡Mío! Y voy por el niño... Espérame. Un minuto. Un segundo. Seré como el viento. Como la sombra de una nube de huracán... (*Mutis foro*).

ESCENA XV

ALFREDO Y RAÚL

Alfredo—(*Mira a Raúl como preguntándole: "¿Qué me dices?"*)

Raúl—¿Tú no conoces a esa mujer?

Alfredo—No.

Raúl—Es extraño...

Alfredo—¿No será una comedia la suya?

Raúl—Hay en su voz acentos de inconfundible verdad. Esa mujer te quiere más allá de su vida. Por ti sería capaz de todo.

Alfredo—¡Si nunca me ha visto!

Raúl—¿No me engañas?

Alfredo—Por mi madre te lo juro.

Raúl—¿Y entonces? ¿Qué misterio es éste? Y es bellísima, a pesar de sus harapos.

Alfredo—Te garantizo que su ternura llegó a envolverme...

Raúl—Y tiene el encanto maravilloso del misterio.

Es la aventura prodigiosa que todos soñamos. ¡Mira que yo he oído frases de amor!... Pero a todas esas frases les faltaba la fuerza emotiva que a las suyas acaba de darles esa mujer.

Alfredo—¿Quién será?

Raúl—Si yo fuese tú... No, no. Vemos las cosas de manera distinta.

Alfredo—Habla.

Raúl—En tu lugar, me entregaría sin dudas.

Alfredo—¿Y Susana?

Raúl—Susana es la prosa común. El beso en la frente y el razonamiento moral. El prejuicio y la pantufla. En cambio esa... Es la poesía, la exaltación de los sentimientos, el vértigo, el amor...

Alfredo—¿Y el mundo? ¿Y la gente?

Raúl—Yo no permitiría llegar a la gente dentro del mundo que yo me formaría.

Alfredo—¿Y mi madre?

Raúl—Ella ganaría el corazón de tu madre...

Alfredo—¿Y si un día ella comprendiese su error, porque de un error se trata?...

Raúl—Habrías vivido la hora de amor más grande y más pura... Pero en esa hora a ella la harías para ti.

Alfredo—¿Y ese... hijo?

Raúl—Ese hijo... ¿no será alguna quimera?

Alfredo—Mi madre no aceptaría una unión ilegal.

Raúl—Te casas.

Alfredo—¿Y si es casada? Porque de ese pasado de amor que, según ella, revive en mí, puede surgir un marido...

Raúl—No te cases y acéptala igualmente.

Alfredo—Raúl, hermano mío, te juro que estoy como mareado... Siento la tentación de lanzarme en la aventura, arrostrando todos los obstáculos; pero tengo miedo...

Raúl—Ciérrale la puerta, entonces.

Alfredo—Es que ha dejado en mí una inquietud extraña... ¿Has advertido la dulzura de su voz? Y al besarme, sus labios estaban ardientes. ¿Y si vuelve con su hijito? No. El hijito yo no lo quiero. Pero... ¿y si no vuelve?

ESCENA XVI

DICHOS Y HORACIO (Por foro)

Horacio—Pero Alfredo... Allá quedaron las pobres llorando a lágrima viva. Susana te creía un hombre formal. ¡Pobre muchacha!... ¡Y tan simpática que es...! ¡Pero mira qué engañarnos a todos! ¡Ser casado y no saberlo nadie! Y con una mujer que viste...

ESCENA XVII

DICHOS Y TERESA (Por segunda derecha)

Teresa—(*A Alfredo*). ¿Se ha marchado?
Alfredo—Sí, mamá...
Teresa—Gracias, hijo mío.
Alfredo—Pero volverá.
Teresa—¿Qué dices?
Alfredo—Volverá con nuestro hijo.
Teresa—¡Un hijo... tú!
Alfredo—Sí, mamá.
Teresa—Tu... (*llora*). ¡Dios mío!
Horacio—Señora...
Teresa—Déjeme... Déjeme...
Alfredo—¿Por qué lloras? Es un hijo del amor y del misterio...

Teresa—¡Pobre de mí!...
Raúl—Señora...

ESCENA XVIII

DICHOS Y ELLA (Por foro)

Ella—(*Entra violenta y alegre por foro. Trae una caja de cartón que aprieta contra su pecho*). ¡Libre! Nadie me ha visto... Aquí lo tienes... (*al ver a los otros*). ¿Y esos? ¿No querrán robarnos nuestro hijo?

Alfredo—No temas. Son buena gente...

Ella—¿Sí...? ¿De veras? Es tan mala la gente... (*destapa la caja*). Míralo cómo duerme... (*lo saca*). Míralo qué hermoso co...

Raúl—¡Si es una muñeca!...

Teresa—¡Una muñeca!

Horacio—¿Eh?

Ella—Mira cómo abre sus ojos azules...

Horacio—Es una muñeca de porcelana.

Ella—Bésalo.

Alfredo—Sí... (*lo besa*).

Teresa—¡Alfredo!

Horacio—Están locos...

Raúl—No. Eso es el verdadero amor, que todo lo hace ilusión y belleza.

Ella—Es mi hijo... Nuestro hijo...

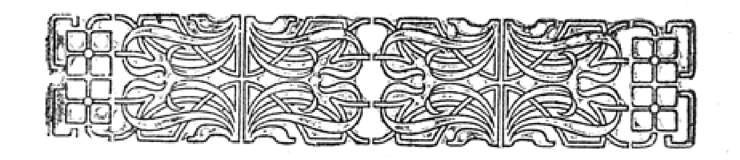
Teresa—¡Es una muñeca!

Alfredo—¡No! ¡Es mi hijo! ¡Es nuestro hijo! ¿Verdad?

Ella—Míralo cómo ríe... ¿Quién te quiere a ti? ¿De quién es esa boquita preciosa? ¿De quién es?

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La misma decoración

ESCENA I

RAÚL Y TERESA

Teresa — ¿Entonces le tendremos algún tiempo más con nosotros?

Raúl — Sí, señora. Estoy esperando que "mi voz" me llame.. (*Pausa*).

Teresa—El jueves llegó don Horacio de su viaje de bodas.

Raúl—(*Riendo*). Está enamoradísimo de Susana... ¡Pobre don Horacio!

Teresa—¿Por qué lo dice?

Raúl—Por costumbre. El casamiento en don Horacio es como una enfermedad crónica. Según me cuentan, el día que se casó le dijo a Susana: "Mira: te advierto de antemano que no tolero el que te dejes sorprender en flagrante delito de adulterio. Ya lo sabes."

Teresa — (*Riendo*) ¡Qué enormidad!... ¡Cómo se habrá quedado Susana!...

Raúl—Dicen que ella le contestó: "No tenga miedo; tendré mucho cuidado." (*Ambos ríen*).

Teresa — (*Seria*). Dígame, Raúl, sinceramente, ¿en qué terminará la situación extraña en que está mi hijo?

Raúl—¿Ha visto alguna vez un matrimonio que se quiera más que...?

Teresa—Pero no están casados.

Raúl—Por eso se lo pregunto.

Teresa—Sí. Ya lo veo. Es una felicidad inmensa la que gozan. Pero ella está loca.

Raúl—¿Podemos afirmar que esté loca?

Teresa—¡Si no vive más que para Alfredo y para su muñeca. No puede hablársele de otra cosa. Nada sabe. Nada entiende!

Raúl—Vive para el amor.

Teresa—Sin embargo...

Raúl—¿Qué?

Teresa—La gente no habla en la ciudad sino de la extraña unión de Alfredo y de esa mujer. He visto personas paradas frente a casa, observando hacia aquí...

Raúl—Curiosos, estúpidos...

Teresa—Además... Además, Alfredo me está dando inquietud... Habla de la muñeca como si fuese una criatura...

Raúl—Déjelo, señora, está viviendo en ensueño...

Teresa—Yo he aceptado la intrusión de esa mujer aquí, por no separarme de mi hijo. Estoy satisfecha porque les veo felices. Pero mi deseo es de que se casen, que legalicen su situación y que...

ESCENA II

DICHOS Y ALFREDO (Por izquierda)

Alfredo—¿Por qué callas, mamá?

Teresa—No, si yo...

Alfredo — Comprendo la violencia con que aceptas nuestro cariño. Pero, ¿cómo casarme? Nadie sabe su nombre. Y para amar legalmente ante la ley, es necesario un nombre. ¿Y cuál es el de Ella? Ella, le digo ahora. Mía, le digo a Ella... ¿Comprendes?

Raúl—Yo, sí. Ella es un ensueño y un ensueño no puede estar inscripto en el Registro Civil.

Teresa—Averigua el nombre.

Alfredo—¡Si he acechado el instante en que pudiese arrancarle una palabra de su otra vida, y ese instante no se ha presentado nunca! Ni creo que se presente jamás.

Teresa—(*De pie*). Hijo, yo te quiero tanto, que creo que todo lo tuyo lo adivino... Esa mujer nos traerá desgracia...

Alfredo—Mamá...

Teresa—Ya verás... Ya verás... (*Mutis segunda derecha*).

ESCENA III

ALFREDO Y RAÚL

Alfredo—¡Pobre vieja!...

Raúl — Las preocupaciones que ahora la dominan, con el tiempo se disiparán... Todo lo hace la costumbre...

Alfredo—Es que la transición es violentísima. Mi madre se ve obligada a admitir en su casa, llena de moral, a una mujer que vivía en la calle, a una pobre loca, que viene de no sé dónde, que así como llegó desbordante de cariño, en un segundo puede variar en su ilusión óptica y no ver en mí el hombre que Ella cree ver y hundirme en el drama, porque yo la quiero tanto... que aún no es mía. ¿Entiendes?

Raúl—¿Es posible?

Alfredo—Sostengo una lucha desesperante. Es muy triste robar a una mujer inconsciente el abrazo que una las sangres y las honras...

Raúl—Yo en la aventura no veía sino el misterio y la poesía.

Alfredo—Y los tiene. Yo he soñado el amor, pero jamás tan ilimitado, tan ancho en horizontes serenos, tan radiante en sus expresiones, tan pleno de bellezas... Y todo ese amor está engrandecido con un hijo ideal, con un hijo que es siempre pequeño y rubio.

ESCENA IV

DICHOS Y HORACIO (Por foro)

Horacio—¿Se puede?

Alfredo—Adelante, don Horacio.

Horacio—Supongo que no me guardarás rencor... (*Entretanto saluda a Raúl*).

Alfredo—¿Por qué?

Horacio—Por haberme casado con Susana.

Alfredo—De ninguna manera.

Horacio—Me alegro, y me alegro por partida doble He encontrado la verdadera mujer para el hogar.

Raúl—¿En Susana?

Horacio.—Sí. Es tímida e inocente como una paloma. Si algún hombre la mira se ruboriza. Es un dechado de candor.

Raúl—Claro, como recién dejó el convento.

Horacio—Está abajo esperándome en el auto. Yo subí a saludarles, nada más. Es preciosa... De día no puedo besarla porque le da mucha vergüenza. Y de noche tengo que apagar la luz...

Raúl—Se le felicita entusiastamente...

Horacio — ¡Cuántos disgustos me hubiera evitado si Susana hubiera sido mi primera mujer!...

Raúl—¿Así que no hay más temores con respecto al adulterio?

Horacio—Ninguno. Figúrense que antes de darme un beso, le pide perdón a Dios por el pecado que va a cometer. Y eso que es un beso legal, autorizado por las leyes... Si teme tanto a Dios por una caricia legítima, ¿cómo va desafiar la cólera divina con besos de adulterio?

Raúl—Es razonable.

Horacio—A ti, Alfredo, sé que te va bien... Tu felicidad se comenta en todas partes...

Alfredo—¿Se comenta mal, verdad?

Horacio—¿Y a ti qué te importa? Bueno, me voy, que Susanita me espera... Adiós... Hasta pronto... Es deliciosa... (*Mutis foro*).

Alfredo—Adiós.

Raúl—Adiós.

ESCENA V

ALFREDO Y RAÚL

Alfredo—(*Pausa*). ¿Me habré equivocado?

Raúl—No. Tu vida está allí. (*Izquierda*).

ESCENA VI

DICHOS Y ELLA (Por izquierda)

Ella—(*Viste sencillamente. En un cochecillo trae la muñeca*). ¡Chist...! Se ha dormido...

Alfredo—¿Duerme?

Ella—Míralo, ¡qué hermoso!... ¿No has observado que tiene la misma frente que tú?

Alfredo—¿Tú crees?

Ella—Yo descubro en su carita todos tus rasgos... Fíjate en su boca; parece que en los labios tuviese escondido un beso... tu beso... (*volviéndose y mirándole fijamente*)... el beso hondo y ardiente que me debes desde que has vuelto y que aún no has querido darme...

Alfredo—¿Y qué más ves de mí en nuestro hijo?

Ella—Todo él eres tú... (*sonriendo*). Yo no sé si será porque tú estás donde yo poso la mirada, que veo en el nenito tu imagen en pequeño... (*transición*) (*y semiabrazándolo*). Pero dime, Mío, ¿cuándo correremos nuevamente las horas de amor de aquella vida nuestra, que fué toda un beso y una caricia?

Alfredo—Muy pronto...

Ella—¿No me engañas?... Mira que sólo creo en ti. Y no me harías esperar si pudieses adivinar las noches de angustia y de insomnio que he pasado aguardándote con la boca llena de besos mimosos y con los brazos abiertos en una cruz de ternura infinita...

Alfredo—(*Señalando a Raúl*). Hay quien nos ve y nos oye...

Ella — ¿Dónde? ¡Ah!... (*sonriendo*). Es un amigo... Veo en sus ojos que es un alma compañera... ¿Verdad? (*Suena un timbre a foro*). ¿Eh? ¡Dios mío! (*tomando la muñeca en brazos y cobijándose en Alfredo temerosa*). Ven... Huyamos... Pronto...

Alfredo—¿Qué tienes?

Raúl—(*De pie*).

Ella—No sé... El que llega... Pronto...

Alfredo—¡Quieta!

Raúl—¿Un enemigo?
Ella—¡Sí!

ESCENA VII

DICHOS Y EL HERMANO (Por foro)

El Hermano—Buenas tardes.
Ella—(*Bajo*). Huyamos...
Alfredo—¿Qué desea, señor?
El Hermano—¡Por fin doy contigo!
Alfredo—¿Eh?
El Hermano—Caballero, por las charlas de la gente me he enterado que esta señora se hallaba en su casa, y que usted, abusando de su inconsciencia, la había hecho su amante.
Raúl—Perdón, ¿y usted quién es?
El Hermano—Soy el hermano de esa señora.
Alfredo—¿Su hermano?
El Hermano—Sí, señor...
Alfredo—(*A Ella*). ¿Es verdad?
Ella—¿Mi hermano? Yo no lo tengo. Yo te tengo sólo a ti. No me abandones...
El Hermano — Siempre igual... Pero es necesario que se venga conmigo... Hace un mes que huyó de mi casa... No podíamos dar con ella... Y en el café oí comentarios de su aventura de usted, de su canallesca aventura...
Alfredo — Señor: le ruego que mida sus palabras. Esta señora está en mi casa; pero aquí vive también mi madre y yo he sabido respetarla hasta que...
El Hermano—Basta; no tengo porqué dar ni oir explicaciones. Por ella vengo. (*A Ella*). ¡Vamos!
Ella—¡No! ¡Jamás! (*A Alfredo*). No me dejes...

No me abandones... Yo no lo conozco... No sé quién es...

Alfredo—¿La oye, señor?

El Hermano—La oigo y repito mi exigencia: entréguemela usted.

Alfredo—Ella no quiere irse, ¿verdad?

Ella—¡Nunca!

El Hermano—Perfectamente. Ya que no accede buenamente a cumplir un deber, lo hará usted por fuerza ante la justicia. Buenas tardes. (*Mutis foro*).

ESCENA VIII

DICHOS, MENOS EL HERMANO

Ella—Pronto, huyamos... Piensa volver...

Alfredo—(*Tomándole la cabecita y mirándola a los ojos*). Dime, ¿es tu hermano? No, no contestes. Piénsalo bien, has un esfuerzo, concentra toda tu atención, busca en ti, en lo más recóndito, en lo más oculto de ti misma... (*Pausa*) ¿Es?

Ella—No. Yo no tengo en el mundo a nadie más que a ti...

Raúl—(*Bajo*). Oye, Alfredo, pregúntale por sus padres...

Alfredo — Tienes razón. Escucha, Mía; ¿y tus padres? ¿No te acuerdas de tu madre?

Ella—Madre... No... No... Nunca la tuve... Mi vida comienza en ti y en ti termina.

Alfredo — Pero quiere llevarte y no podré hacer nada para defenderte...

Ella—¡Vámonos!... ¡Huyamos!... Yo sé de una guarida a la que no podrán llegar nunca... Está siempre en la noche... (*se sienta a mecer el niño*). En plena noche...

Alfredo—¡Ah, si yo fuese como ella, si yo no tuviese personalidad!...

Raúl—No te queda más salvación que la fuga.

Alfredo—¿Y cómo huir al mecanismo social?

Raúl—Cambia de nombre...

Alfredo—¿Y de qué me valdría? Sería un nuevo grillete. No. La única salida es borrar mi personalidad actual. Tacharla para siempre. Ser lo que es Ella, que no es nadie para el mundo. Pero, ¿cómo? ¿Cómo?

Raúl—No la perderás.

Alfredo—¡No la perderé porque invertiré el mecanismo social, si es preciso! (*Pausa. Raúl lo mira asombrado*). ¿Qué me miras? (*exaltándose*). No, si yo no quiero saber quién es ella. No quiero oir su nombre. La deseo así, en enigma, inconsciente para todo menos para el amor.

Raúl—Voy tomando miedo a tu transfiguración. Ten calma. Razona.

Alfredo — Mírala. Es el alma de todas las mujeres juntas. ¿Y voy a dudar un segundo para conquistarla definitivamente?

Raúl—¿Y qué vas a hacer?

Alfredo—El mínimo esfuerzo. Nada hay más cerca del más grande amor y del más grande misterio que la muerte.

Raúl—¿Estás loco? ¿Vas a matarte?

Alfredo—La muerte es la solución. (*A un gesto de Raúl*). Calla y escucha. (*A Ella*). Mía...

Ella—¿Me hablaste? (*Dulcemente*).

Alfredo—Sí... Oyeme: quizá mañana vengan a llevarte...

Ella—No...

Alfredo — A llevarte para siempre. Y la salvación única de nuestro amor está en que yo muera...

Ella—Pero al morir tú, ¿no te alejarás de mí?

Alfredo—No.

Ella—Entonces quiero la muerte porque la muerte me unirá para siempre a ti.

Alfredo — (*A Raúl*). ¿Ves? (*Abrazando a Ella*). ¿Ves, Raúl, como hemos hallado una solución serena?

Raúl—Pero la muerte es el final del amor.

Alfredo—No. La muerte, que es odiosa y odiada, que es sombra y luto, esta vez tomará todos los colores de la aurora para alumbrar la iniciación del amor más puro y más grande.

Raúl—Pero, ¿qué vas a hacer?

Alfredo—Morir. Ya te lo he dicho: morir. ¿Verdad, Mía?

Ella—Si morir es el amor, si tu muerte es tu amor... Sí... Morir... Siempre morir...

Alfredo—¿Ves? ¿Ves? (*Un gesto de Raúl y*)

TELON

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración. Es de noche

ESCENA I

TERESA Y RAÚL

Teresa—(*Entra Raúl por foro. Teresa, que estaba pensativa, al verle levanta la cabeza. Hay una pausa. Se miran*). Nada pregunto porque leo en su cara la respuesta...

Raúl—Así es... Oficialmente se ha comprobado la muerte de Alfredo...

Teresa—¡Hijo mío!... (*Llora*).

Raúl—(*Sacando unos documentos*). Este es el certificado de defunción...

Teresa—Me parece un sueño...

Raúl—Un sueño horrible.

Teresa—No hace tres días estaba aquí, sonriente y sano, y ahora... (*Llora*). ¿Por qué no buscó consuelo en mí? ¿Por qué no fué sincero conmigo? ¡Y en su carta no decirme el porqué de su suicidio!...

Raúl—Yo jamás sospeché que Alfredo fuese capaz de matarse.

Teresa—¡Y qué espanto cuando ayer le trajeron!

Raúl—Ya no era él...

Teresa—¡Pobre hijo!...

Raúl—El mar es terrible. Desfigura al hombre que ahoga, de una manera espantosa. El mar es un asesino maestro. Si no hubiesen encontrado sus ropas y la carta, yo no creería que el muerto fuese Alfredo.

Teresa—(*Apretando el documento*). Aquí está (*Leyendo entre sollozos*). Falle...ci...do...

ESCENA II

DICHOS Y HORACIO (Por foro)

Horacio—Buenas noches...

Raúl—Buenas noches.

Horacio—¿Cómo está, Teresa?

Teresa—Deseando también la muerte...

Horacio—La muerte siempre es la solución del problema más intrincado. Pero la vida es terrible cuando uno quiere vivir y se presentan situaciones dolorosas e indignas...

Teresa—¿Usted también sufre?

Horacio — Sufro, y cuando me creía alegre hasta el fin.

Raúl—Acaso...

Horacio—Susana me engaña...

Teresa—¡Oh!...

Horacio—Me engaña... Y lo peor no es el engaño, que ya es tanta la costumbre de saberme infeliz, que ni cuenta haría de una infidelidad más. Lo peor es que no puedo reirme de Susana ni reirme de mí. No encuentro mi risa salvadora. Y al no poder reirme es porque la quiero. Y querer a una mujer, que es nuestra por las leyes, pero que es de otro por el amor, no es regalo que yo esperaba para mi vejez.

Raúl—¿Y el divorcio?

Horacio — No tengo valor para separarme de ella. Las demás mujeres me encontraron prevenido en desconfianza. Susana, con su inocencia, con su candor de colegiala, defendida con el estribillo de su madre: "recién dejó el convento", me halló sin defensa, dispuesto a tomarme el desquite de mis pasadas aventuras... Y en sus manos soy un niño tonto...

Teresa—Alfredo era un niño...

Horacio—Pero comprendió que el amor lleva al rebajamiento moral, y se eliminó antes de perder su hombría. Fué consciente y valeroso. Pero a todo esto, ¿qué se hizo la mujer aquella?

Teresa—Ella es la culpable. Está allí... (*Por izquierda*).

Horacio—¿Allí?

Teresa—Cumplo, al dejarla, un pedido de Alfredo. De lo contrario...

Raúl—No es ella la culpable.

Teresa—¿Quién si no ella enloqueció a mi hijo? ¿No fué el amor imposible de esa mujer que lo llevó al suicidio?

Horacio—Dicen que es casada.

Teresa—No me interesa. En su carta Alfredo me ruega que la trate como a una hija hasta que se la lleven, e hija mía será, aunque mis manos se tiendan a ella con deseos de estrangularla...

Horacio—¿Qué drama misterioso guardará la locura de esa mujer?

Teresa—Yo vi en ella como un signo de lo fatal... Adiviné en su llegada una tragedia... Pero nunca creí en la pérdida de mi hijo...

Horacio—Calma, doña Teresa... Si las cosas no se hubiesen desviado, Alfredo sería el marido de Susana y...

Teresa—¡Calle usted!

Horacio—Y quizás le fuese a usted más dolorosa la deshonra que la misma muerte. (*Pausa*). Yo... yo como soy viejo, acepto el deshonor... y aún sabiendo que sus labios están encendidos por los besos de otro... voy a mendigar un beso... un beso de lástima... que... que... (*un sollozo*). ¡Buenas noches! (*Mutis foro*).

ESCENA III

TERESA Y RAÚL

(*Una pausa larga*).
Raúl—¿Por qué no se retira a descansar?
Teresa—No dormiría. (*Pausa*).
Raúl—¿No quiere beber un poquito de café?
Teresa—El sirviente está franco hoy.
Raúl—¡Yo se lo prepararé!
Teresa—No se incomode.
Raúl—En un segundo. (*Mutis segunda derecha*).

ESCENA IV

TERESA Y ELLA (Por izquierda)

Ella—(*Entra, mirando a todos lados*). ¿No ha vuelto, señora?

Teresa—(*Dura*). No.

Ella—El nene se ha dormido. Lleva tres noches sin recibir un beso del papito. ¿No oyó cómo lloraba? El no quiere comprender que el papá tiene que luchar con mucha gente mala, para que no vuelvan a perseguirnos, ni nos hagan más daño...

Teresa—¿Pero usted cree que volverá?

Ella—(*Sonriendo*). Sí. El me lo dijo: "Para unirnos eternamente es preciso que yo muera." Y como para mí no hay más verdad que la de él, lo espero. Cuando él vuelva, usted no se opondrá a nuestro cariño, ¿verdad, señora?

Teresa—(*Llorando*). No, hija mía...

Ella—Es justo que nos llegue a nosotros también la hora de la despreocupación y del descanso... (*transición*). ¿Tardará mucho?

Teresa—Hija mía...

Ella—¿Por qué llora?

Teresa—Porque él...

Ella—¿Qué?

Teresa—El... ¡ha muerto!

Ella—(*Riendo*). ¿El?

Teresa—¡No rías!

Ella—¿Por qué?

Teresa—¡Porque ha muerto!

Ella — ¿Y qué importa si me afirmó que vendría por mí?

Teresa—No puede volver.

Ella—El me lo dijo.

Teresa—Los que mueren no vuelven jamás.

Ella—Otros que mueran no volverán. Pero él, sí.

Teresa—No sabes lo qué es la muerte.

Ella—La muerte es no verle. Y no la muerte en él, sino la muerte en mí, que cuando él no está junto a mí todo es sombrío y malo...

Teresa—¿Y si no volviese nunca?

Ella—Yo lo encontraría.

Teresa—Duerme ya bajo tierra.

Ella—Junto a él me acostaré yo.

Teresa—Su alma está en el cielo.

Ella—Mi alma subirá hasta el cielo.

Teresa—Para eso, es necesario que tú mueras.

Ella—Moriré.

Teresa—¿Y no temes la muerte?

Ella—Si él no volviese y para hallarle es necesario morir, ¡bendita sea la muerte!

Teresa—La vida es hermosa.

Ella—¿Y para qué querría mi vida si no lo tuviese a él?

Teresa—Podrías olvidarlo.

Ella—No comprendo lo que es olvidar.

Teresa—¿Tanto lo quieres?

Ella—Hasta mi hijo dejaría por su amor.

Teresa—¡Si recién lo conoces!

Ella—Le quiero desde que yo me conozco.

Teresa—Tú eres casada con otro hombre.

Ella—El es mi marido.

Teresa—¡Tú lo has enloquecido!

Ella—Señora...

Teresa—Tú eres la culpable de su muerte, miserable. Ya que no existe, ya que me lo mataste, ¿qué quieres?, ¿qué buscas?, ¿qué esperas?

Ella—(*Dulcemente*). Lo espero a él, señora...

Teresa—¿No te he dicho que ha muerto? ¿No te he dicho que tú lo asesinaste, que por ti no tengo más hijo? ¡Vete!

Ella—No puedo irme. El me ha ordenado que lo espere y yo tengo que esperarle...

Teresa—(*Exasperada*). Si no fuese...

ESCENA V

DICHOS Y RAÚL (Por segunda derecha)

Raúl—¿Qué ocurre?

Teresa—Nada. Que no puedo más... Que esa mujer...

Raúl—¡Por Dios, señora!...

Teresa—¡Déjeme! ¡Déjeme! (*Mutis primera derecha*).

ESCENA VI

ELLA Y RAÚL

Raúl—¿Qué ha pasado?

Ella — Quería convencerme de que él no volvería más. Que ha muerto. También la otra vez la gente me encerró, diciéndome que él estaba muerto. Como si él no fuese capaz de vencer a la muerte... (*riendo*). Esa señora no sabe que el amor lo vence todo... ¿Eh? (*Pausa y hace que escucha*). El nene... Sí... Se ha despertado... Voy... voy, hijito mío... (*Mutis izquierda*).

ESCENA VII

RAÚL

(*En cuanto queda solo, va a observar a primera derecha. Escucha. Apaga después la luz. Queda un momento a obscuras. Luego enciende y apaga. Repite la operación y deja a obscuras la escena. Y se sienta a esperar*).

ESCENA VIII

RAÚL Y ALFREDO (Por foro)

(*La puerta de foro se abre lentamente. Entra Alfredo, vestido con traje modesto, gorra y bufanda que le cubre casi el rostro*).

Alfredo—Raúl...

Raúl—Ven...

Alfredo—¿Duerme?
Raúl—Creo que sí.
Alfredo—Observa, primero.
Raúl—(*Va a primera derecha*). No hay luz.
Alfredo—Enciende, entonces.
Raúl—(*Lo hace*). ¿Hace mucho que esperabas?
Alfredo—Una hora. ¿Y Ella?
Raúl—Con la muñeca.
Alfredo—¿Y mi madre?
Raúl—Desesperada. Varias veces estuve a punto de decirle la verdad.
Alfredo—Me habías prometido...
Raúl—Sin embargo, Alfredo...
Alfredo—No pronuncies jamás ese nombre. Alfredo ha muerto.
Raúl—No para mí.
Alfredo — Para todos. Ahora soy nadie. Hasta no tengo nombre. Al nacer nos numeran, nos marcan para siempre. No puede uno perderse. Siempre sabrán quiénes somos. Donde vayamos, llevamos apellido y con el apellido todos los prejuicios y los convencionalismos sociales. Nacemos y nos ponen sobre la cabeza el fardo del mundo. Yo he arrojado ese fardo y me siento soberanamente libre, como si fuese todo espíritu.
Raúl—Pero donde vayas tendrás que marcarte, como tú dices.
Alfredo—No. Jamás. Esta huída mía es una huída completa de la civilización. Vuelvo a lo primitivo. Regreso a la caverna. En América, y si no en América, en Africa o en Asia, hay regiones vírgenes de la planta del hombre. Allí hendiré mi caverna o levantaré mi cabaña. Y con Ella, con el amor de Ella y en plena naturaleza, sin un nombre, sin el prejuicio del vestido y del dinero, compondré el poema de mi vida que yo he soñado, lleno de sol y de caricias naturales...

Raúl—Tú no cuentas las luchas contra las fieras.

Alfredo—¿Quieres fieras más terribles que los hombres?

Raúl—No podrás sostenerte mucho tiempo.

Alfredo—¿Y nuestros antepasados?

Raúl—Eran de una corpulencia formidable.

Alfredo—Pero carecían de inteligencia. Y yo llevaré todo el talento del hombre moderno y toda la astucia de las fieras humanas. Dime: por verte libre de las vanidades de tus semejantes, ¿no intentarías la grandiosa aventura?

Raúl—Quizás...

Alfredo—Hace dos días vi mi entierro... ¡Qué fórmula más grotesca! Tú ibas delante, pensativo, pálido y lloroso, y sabiendo que yo no estaba muerto. Detrás tuyo la gente charlaba... Unos de negocios, otros del tiempo y otros de bataclanas... Hasta oí a un señor que decía: "¡Qué imbécil. Morirse precisamente hoy que tenía yo una cita amorosa!" Te juro que me hubiese gustado hallarme dentro del féretro para levantarme y deshacer el cortejo a puntapiés...

Raúl—¿Y mi discurso?

Alfredo—Me lo perdí. No entré al cementerio temiendo que me reconocieran. Si me reconocen, por no perder el viaje, me entierran a la fuerza... ¡Ah! ¿tienes ya mi certificado de defunción?

Raúl—(*Recógelo de la mesilla*). Tómalo.

Alfredo—¡Por fin! (*hojeándolo*). Es curioso... Si vieras el efecto que me causa leer esto de fallecido el día 3... (*riendo*). Muerto... Ya no existo... Soy una sombra... Pero, a todo esto, ¿de quién sería el cuerpo que recogieron en la costa y que tomaron por el mío?

Raúl—¡Vaya uno a saber!

Alfredo—Su dueño esperaría quizá que los peces se

dieran un banquete con su cadáver, y el pobre tuvo un excelente entierro burgués, con discurso y todo...

Raúl—¿Cuándo piensas marcharte?

Alfredo—Ahora mismo.

Raúl—¿Y no tienes deseos de ver a tu madre?

Alfredo—Mira, Raúl, me hallo tan fuera del mundo, que me parece haber nacido ayer. Si no fuese porque aún debo pasar entre la gente para huir, te juro que de inmediato me arrancaría el traje. El traje es la última condición de hombre civilizado de la cual tengo que desposeerme. Nada más.

ESCENA IX

DICHOS Y ELLA (Por izquierda)

Ella—(*Con un vestido del primer acto. Trae la muñeca en brazos*). Mío... ¿vienes a buscarme?

Alfredo—Sí.

Ella—Estoy pronta. Me he vestido mi traje de bodas porque presiento que te he recuperado para siempre.

Alfredo—Así es...

Ella — El niño dormía cuando lo alcé de la cuna Despertó y comenzó a llorar. Entonces yo le dije dulcemente al oído: "No llores, mi alma, que tu papito viene a buscarnos para ir hacia la felicidad eterna." Y el nene sonrió entonces y volvió a dormirse... Nuestro hijo cree en mí, como yo creo en ti...

Alfredo—¿Sabes dónde te llevo?

Ella—¿A la muerte, acaso?

Alfredo—¿Tendrías miedo?

Ella—Yo iré donde tú vayas. Si me llevas junto a un abismo y me dices: "Cierra los ojos y marcha hacia

adelante que yo iré contigo'', yo te obedeceré con una canción de alegría en los labios...

Alfredo—¿Sabes, Mía, que yo estoy muerto?

Ella—Me lo han dicho. Tú mueres para la gente mala, pero vives para mi amor...

Alfredo — Donde iremos no habrá sino árboles y fieras.

Ella—¿Pero no habrá hombres?

Alfredo—No.

Ella—¿Ni se oirán los ruidos extraños de la calle?

Alfredo—No.

Ella—¿Ni habrá chiquillos que arrojen piedras?

Alfredo—No.

Ella—¿Y nuestro hijo podrá crecer sin darle educación, con la fuerza de un árbol salvaje y el vigor de un cachorro de lobo?

Alfredo—Sí.

Ella—¿Y para comer no tendremos más que alargar la mano a la rama fecunda en frutos olorosos?

Alfredo—Sí.

Ella—Vamos.

Alfredo—Espera un momento. (*A Raúl*) ¿Has oído?

Raúl—Sí.

Alfredo—¿Qué me dices?

Raúl—Que no sé si reirme falsamente de ti porque te envidio, o darte un abrazo y meterme a predicador para aconsejar el retorno a la naturaleza, que tanto olvidamos para irnos suicidando lentamente.

Alfredo—¿Ves?

Raúl—Pero tú llevas muchas ventajas. Llevas una mujer, que será loca, pero de una locura de la cual debieran participar todas las mujeres. Vivirás siendo dueño de la poesía y del amor.

Ella—¿Vamos?

Alfredo—Sí... Adiós, Raúl.

Raúl—(*Se abrazan*). Adiós. ¿Nunca sabré de ti?

Alfredo—Nunca.

Raúl—¿Entonces, hermano, como si de verdad estuvieses muerto?

Alfredo—Sí. Adiós... (*A Ella*). Vamos.

ESCENA X

DICHOS Y TERESA (Por primera derecha)

Teresa—(*Entra. Al ver a Alfredo queda pálida de espanto. Luego se pasa la mano por la frente, vacila, va a caer y a un movimiento de Alfredo, prorrumpe en angustioso grito*). ¡Hijo mío!

Alfredo—(*Vacila un segundo, después, fríamente*). ¿Qué?

Teresa—¿Pero es verdad? ¡No has muerto! (*besándole y acariciándole*). Eres tú... Y yo que te he llorado... ¿Pero es posible? Hijo... Alfredo...

Alfredo—No es posible. Tú lo has dicho. Alfredo, tu hijo, ya no existe.

Teresa—¡Alfredo!

Alfredo—Este hombre que tú ves, es el que buscaba esa mujer.

Teresa—¿Qué dices?

Alfredo—Y con ella se aleja de la humanidad civilizada.

Teresa — ¡No! ¡Ahora no! ¿Tenerte nuevamente cuando yo creía inevitable tu alejamiento y dejarte marchar? ¡Jamás!

Alfredo—No podrás oponerte. Ya no soy un ser humano. Soy un alma, un espíritu y ese espíritu es de esa mujer...

Teresa—Esa mujer... Te entregas a esa mujer, que

es lo desconocido y quizá el crimen... Aquí tienes tu hogar tranquilo, sin preocupaciones...

Alfredo—¿Y los grilletes sociales? ¿Tú crees que el amor es la soldadura de dos apellidos? ¿Y las exigencias agobiantes de la civilización? ¿Y las leyes? ¿Y las ordenanzas? ¿Y los protocolos? ¿Y las amistades hipócritas? El mundo es un calabozo y cada hombre es un carcelero de los demás. Yo me he depurado de todas las virtudes y de todos los vicios, para volverme el hombre de hace cinco mil años...

Teresa—Te has enloquecido...

Alfredo—Probablemente... Pero desde el rincón de la selva donde construyamos nuestra casa con ramas floridas, el mundo civilizado nos ha de parecer un manicomio al ver cómo los hombres se agitan, luchan, pelean, gritan, estallan en odios y rencores, para obtener el billete bancario, o el traje entallado, o el pago de un vicio deprimente, mientras nosotros, en la grandeza de la calma del día sereno o en la grandeza impresionante de la tempestad, nos uniremos en un abrazo ardiente y procreador.

Teresa—(*A Raúl*) Raúl, ayúdeme a convencerle... ¡Por Dios!...

Raúl—Nada puedo, señora...

Ella—Vamos, Mío... Mis labios esperan tu beso...

Alfredo—Sí, vamos. (*Marca el mutis*).

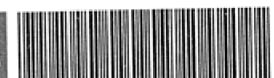
Teresa—(*Avanzando hacia ellos*). ¡No! ¡No! (*Raúl la detiene y forcejean*). ¡Ella es la miserable!

Alfredo—(*Desde la puerta*). ¡Ella es el amor y la naturaleza!... ¡Ella es la gloria y el futuro! ¡Vamos! (*La enlaza en su brazo y mutis foro*).

TELÓN

FINAL DE LA COMEDIA


BNE




0115385601 3856011

